

JUNTO A DE GAULLE EL HEROE Y EL ARTISTA

«A mi derecha tengo y tendré siempre a André Malraux. La presencia a mi lado de este amigo genial, entusiasta de los elevados empeños, me da la impresión de que, por aquí, estoy a cubierto de la mezquindad. La idea que de mí se hace este incomparable testigo, contribuye a robustecerme... y sé que, durante los debates, cuando un asunto es grave, su fulgurante juicio me ayudará a difuminar las sombras.» Tal fue el tributo a Malraux que De Gaulle, que ya es sabido no era propenso al elogio, dejó escrito para la posteridad en sus memorias.

¿Cómo llegó el gran escritor a calar tan hondo en el espíritu del general, tan distante en su trato con los hombres de su entorno? ¿Cómo pudo el revolucionario autor de «L'Espoir», aún antes de concluir el montaje de su película testimonial de la guerra de España, pasarse con todo su incommensurable bagaje intelectual a la orilla opuesta? Esta pregunta quedó, durante largo tiempo, sin respuesta para muchos de sus seguidores. Sin embargo, el propio Malraux facilitó una explicación.

En pleno agosto de 1939, la firma del acuerdo germano-soviético, le produjo un gran trauma. La alianza Hitler-Stalin, conmovió al francés que bajo el ropaje marxista había, esencialmente, en Malraux. En el instantáneo análisis del sorprendente matrimonio nazi-comunista que hiciera el antiguo amigo de Trotski, comprendió la jugada de Stalin que, de pronto, se le reveló, por encima de todo, y con toda la carga de cinismo que entrañaba la estratagema, un patriota, un ruso. Más tarde, escribiría que «en el dominio de la historia, el primer hecho capital de los últimos años, desde mi punto de vista, lo que prima es la nación... He comprendido que todo acontecía como



si el comunismo fuera el medio, por fin descubierto por Rusia para asegurarse un lugar y la gloria, en el mundo: una ortodoxia, un paneslavismo...

Esta fue la explicación que de su gran viraje, le diera el propio De Gaulle, en su primer encuentro —el del mutuo flechazo— cuando respondiera a su sorprendente introducción:

—Ante todo, el pasado...

—Es muy sencillo —le contestó Malraux como prólogo de

sentencia autodepuradora, según relata en sus «antimemorias». Me enrolé en un combate, en defensa, digamos, de la justicia social. Fui presidente del comité mundial antifascista... Luego vino la guerra de España donde fui combatiente. Luego la guerra mundial... la derrota y, como otros tantos, me desposeí con Francia. Cuando regresé a París, Albert Camus me preguntó si un día tendríamos que escoger entre Rusia y América. Para mí, la elección no está entre Rusia y América, sino entre Rusia y Francia...

Y, luego, en la sala Pleyel, en 1948, pronunciaria un discurso fundamental. Habló de Rusia —«Rusia no está en Europa, ni en Asia, sino en Rusia»— y de Europa. Y fue el primero en sugerir la idea de una Europa de las patrias.

De esa idea patriótica, nació el binomio De Gaulle-Malraux, para quien «el patriotismo del general ignoraba el chauvinismo... y que hablaba con la fuerza irracional de aquél que dice lo que todo el mundo sabe, cuando todo el mundo calla». El hombre de acción que había en Malraux encontró en aquél héroe el mejor motivo de supervivencia, de la misma manera que el intelectual que había en De Gaulle veía en su amigo, al artista que había de perpetuar su gloria.

En «La psychologie de l'Art», Charles de Gaulle no habría leído en vano que: «mientras los artistas los ignoran, los conquistadores no pasan de ser soldados vencedores; no es el historiador quien asegura la gloria, es la garra del poeta en los sueños del poeta».

Jaime ARIAS

PARA RODAR «L'ESPOIR»

CUANDO FUI SECRETARIA DE MALRAUX

Si hay una figura contemporánea digna de figurar entre los héroes de la leyenda, es sin duda alguna la de André Malraux. Apasionado por la historia y el arte, éste le llevó siempre a sitios que luego serían, todos, escenarios históricos, cual moderno caballero andante. Deseó alistarse como soldado en la primera guerra mundial, pero demasiado joven, nacido en 1901, no fue aceptado. A los 19 años se casa con Clara Goldschmidt y juntos aprenden la aventura de Cambodge, en busca del arte khmer. Años más tarde, en 1955, funda en Saigón un periódico, «L'Indochine», en francés, que defendía los intereses de los annamitas contra la corrupción del gobierno de la Cochinchina. En 1929 va a Shanghai donde frecuenta a Chiang-Kai-Chek y a Wang-Ching-Wei, las dos tendencias, derecha e izquierda del Kuomintang. En marzo de 1934, después de haber solicitado la compañía de Jean Mermoz y Antoine de Saint Exupéry, que se la negaron, parte con Edouard Corniglion Molinier y el mecánico Maillard en busca de la legendaria ciudad de la reina de Saba en el Yemen. En una avioneta casi de juguete sobrevolaron en medio de las mayores dificultades gran parte del desierto arábigo en busca de una ciudad de la que sólo sabían por la Biblia y la leyenda. A su regreso, después de pasar por Djibuti, fueron recibidos en Addis Abeba por el Negus Haile Selassie, que ya empezaba a tener problemas con el Duce. Al estallar la guerra de España en 1936 se entregó a ella en cuerpo y alma. En la contienda que libraron los países europeos y al ser ocupada Francia por los alemanes se alistó y luchó en el maquis de Corrèze primero, y luego, con el nombre de coronel Berger, es nombrado oficial en la brigada «Alsacia Lorena», donde demuestra sus dotes de estratega empleando más de una vez la táctica de la guerrilla que tan bien conocía. Su gran fidelidad al general De Gaulle le obliga a aceptar el cargo de ministro, cuando después de la liberación de Francia éste asume el Gobierno de la nación. El arte le llevó de la mano a las barricadas de Canton, el arte khmer a Indochina, Goya a España. Cada una de sus aventuras le inspira un libro. La de Cambodge: «La voie royale», la de Saigón, «Les conquérants». De China trae la novela «La condition humaine», publicada en 1933 y que le valió el Premio «Goncourt» en diciembre del mismo año. De Alsacia, «Les noyers d'Altenbourg». De España, «L'Espoir». Terminadas las guerras publica los grandes tratados sobre arte: «Les voix du silence», «Goya», «Les métamorfoses des Dieux», «Le Musée Imaginaire de la Sculpture Mondiale». Más tarde escribe sus memorias que titula: «Antimémoires». Más recientemente aparecen sus libros dedicados a sus amigos ausentes: «Les chênes qu'on abat» (De Gaulle) y «La tête d'obsidienne» (Picasso). Recuerdos de su larga y grave enfermedad en 1973 «Lazare» y últimamente «Hotes de passage», donde habla de un amigo, Max Torres, catalán, seguramente imaginado.

De su vida azarosa se han escrito muchos libros y aún podrían escribirse más. Su lucha, comenzada casi en la clandestinidad, le llevó con los años a un sillón de ministro de Francia, siempre fiel a su ideal de amor a la libertad y al Arte, con mayúscula. Desde el ministerio hizo también otra revolución: limpiar las fachadas de los edificios monumentales de París.

Secretaria en Barcelona

Yu fui testigo de los últimos meses de su estancia en España. Había llegado a Barcelona en octubre de 1936. Desde el inicio de nuestra guerra se dedicó a buscar ayuda para la España republicana. Llegó a nuestra ciudad con siete aviones (marca Potez y Breguet) que había conseguido contra viento y marea. El que no poseía el título de piloto aviador fue el jefe de esta escuadrilla que tuvo su base en Albacete y tomó parte en numerosos raids en los frentes de Extremadura y Teruel. Fue precisamente en este frente donde a primeros del año 1937 fue derribado y herido gravemente. Recuperado de sus heridas, e imposibilitado de volar, decide recaudar fondos para ayudar a la República española. Recorre los Estados Unidos dando infinidad de conferencias, visitando personajes ilustres e influyentes, asistiendo a recepciones que le ofrecen para agasajar al joven premio «Goncourt» y trae a España gran cantidad de dólares y varias ambulancias con destino a la «Ayuda médica a España». Al hacer entrega al presidente Negrín de esta ayuda conseguida en Norteamérica, éste le ofrece su apoyo en caso de que Malraux quiera montar un espectáculo que sirva de propaganda ante el mundo de la causa republicana.

Precisamente durante su estancia en Hollywood, Malraux había pensado en hacer una película sobre la epopeya española. Gallimard acababa de editar «L'Espoir», y en vista del ofrecimiento de Negrín, Malraux decide llevar su novela a la pantalla. La cosa fue bastante fácil, pues muchas de las escenas tenían ya un cierto aire cinematográfico. Hecho el guión se buscaron los técnicos para el rodaje, actores y demás colaboradores. El operador fue Louis Page, que acababa de filmar «La kermesse heroica», Thomas como cámara y Boris Peskine técnico. Como asesor cinematográfico eligió a Denis Marion, escritor belga y crítico literario y de cine, y más tarde profesor de cinematografía en la Universidad de Bruselas. Max Aub asume la responsabilidad de la versión española junto con María Luz Morales. Barcelona es la ciudad donde se filmará la película. El rodaje comienza en la primavera de 1938, en los Estudios Orpheu. Escoge un elenco de actores españoles, consagrados unos como José María Codina, José Lado y nuestro Josep Sempere, formidable en su papel dramático de «Comandante Peña», y jóvenes otros como Julio Peña y Andrés Mejuto. Estos, en edad militar, al igual que los técnicos españoles Berenguer, Piquer y Ramírez Morales, etcétera, fueron considerados como movilizadas para la producción cinematográfica.

Se rodaron escenas de gran dramatismo en las calles de Barcelona, Tarragona, Cervera y el Pueblo Español de Montjuich. Se contrataban a figurantes entre los ancianos que tomaban el sol en la Plaza de España y los jardines del parque, la mayoría refugiados de guerra a los que Max Aub tenía que explicar su papel. Las secuencias del descenso por la montaña de los cuerpos de los aviadores heridos en un accidente se rodaron en Collbató y algunas desde el funicular aéreo de Montserrat. A pesar de los años transcurridos estas escenas conservan todo su sentido trágico y una cierta técnica actual.

Veintinueve años después Las dificultades que supone filmar una película en plena guerra aumentaron

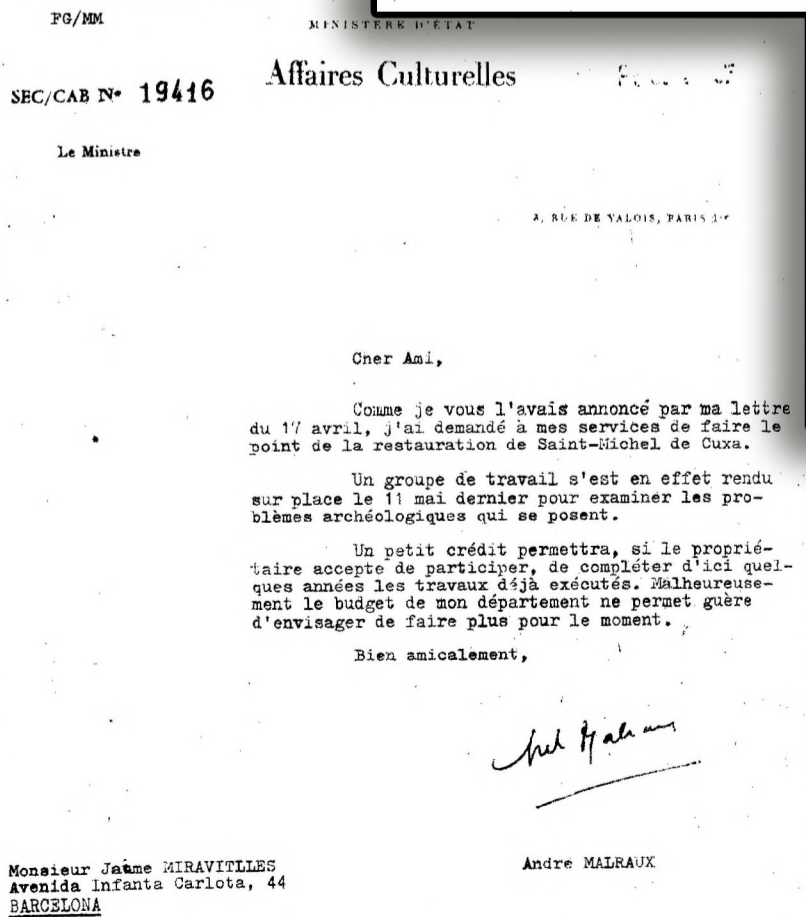
al acercarse las tropas de Franco a Barcelona. Los materiales procedentes de Francia, como lámparas, películas virgen, etc., tardaban en llegar. Los cortes de fluido eléctrico y los bombardeos que paralizaban el rodaje hicieron que éste se alargara más de la cuenta. Hubo que pensar en el traslado de todo el material posible a la frontera. Tres días antes de la caída de Barcelona se cargó en dos camiones todo lo necesario para acabar la película. Incluso la carlinga en la que se rodaron las escenas de aviones pudo ser cargada y tras innumerables vicisitudes llegó a Perpignan, para ser trasladada luego a París. Reunido todo el material recuperado se acabó la película en los estudios de Joinville en marzo de 1937. Darius Milhaud compuso la marcha fúnebre que acompaña las secuencias del descenso de la montaña.

Me despedí de Malraux, después de haber sido su secretaria e intérprete durante ocho meses, el 23 de enero de 1939 en el despacho que «Producción Malraux» tenía en la Avda. del 14 de Abril (después Generalísimo Franco) en un piso del edificio que ocupaba el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya. No volvería a verle hasta el día de la inauguración oficial de la magna Exposición Picasso, en diciembre de 1968 en el Grand Palais de París y de la cual Malraux había sido el alma. Muy galante, pues no en balde habían pasado 29 años, al saludarle me dijo: «Elvira, au fond vous n'avez pas changé».

A pesar de haber recibido invitaciones para volver a España, no quiso hacerlo cuando podía. Ahora ya es tarde. Descanse en paz.

El mejor homenaje que se le podrá tributar a este gran hombre, que dedicó a España tantos afanes, horas y energías, sería conseguir que se proyectara su película «L'Espoir», facilitando así a los que no han leído sus libros una idea de quién fue André Malraux.

Elvira FARRERAS VALENTI



Carta en la que André Malraux comunica a Jaume Miravittles que ayudará a las obras de San Miquel de Cuixà, donde vivían monjes de Montserrat

Malraux, vida de (o/en) un siglo

Hay como una constante en las letras francesas, una línea aventurosa que, de chateaubriand a Barrès, con sus novelas de la energía nacional, y pasando por Montherlant y otros escritores de pro llega hasta los que —al comienzo de los años 60— Mauriac apellidara los jóvenes húsares. En esa línea campea por derecho propio André Malraux. Nacido en el año primero del siglo en el seno de una familia de la alta burguesía, aunque arruinada, demasiado joven para participar en la guerra europea, emulando a sus hermanos mayores, los Montherlant, los Drieu La Rochelle, si pronto persuadido de que la campana de la Historia doblaba por los de su clase, y aun por el mundo occidental, el joven dandy se decidió por la Escuela de Lenguas Orientales, al tiempo que frecuentaba los medios anarquistas de la revista «Action» y, afecto al principio rinvaldiano de embarrillar sistemáticamente los sentidos, formaba peña con quienes iban a ser los surrealistas.

Poca empresa para este enamorado de Nietzsche y émulo de Saint Just y del estendalano Julien Sorel, por aquellos años en que se imponía la figura legendaria del coronel Lawrence, el Emir Dinamita. No extraña, pues, que una misión arqueológica —como en los comienzos de Lawrence— le lleve tempranamente a Oriente, donde la unión con su mujer, la judía Clara Goldschmidt, explotará los templos khmer en la jungla del alto Laos, ganándose un año de cárcel por aserrar los altorelievos de uno de ellos. Es solo el comienzo. Con el que luego se llamará Ho-Chi-Minh funda, en Hanoi, el Movimiento Nacionalista Joven Anam, interviene en la revolución china contra el imperialismo occidental, y en algún momento figura en el estado mayor de Borodin como después en las filas de Mao, hasta el escandaloso cambio de chaqueta de Chang-Kai-Chek.

Los frutos de esa experiencia no podían tardar: el ensayo «Tentación de occidente» (1926), pesimista para con los destinos europeos; la novela «Los conquistadores» (1928), premio Interallado y otras dos hasta ganar por unanimidad

el «Goncourt» con «La condición humana» (1933). La acción, el heroísmo, como sólo correctivo de la angustia vital, sereno dominio sobre la muerte, un introducir el éxito en un destino orientado por la desesperación, pasa por méritos del novelista, de ser la aventura gratuita, con que la sociedad burguesa rinde tributo a la soledad, pasa, digo, a ser manifestación de un humanismo colectivo, servicio a la humanidad. De la acción a la revolución, entendida ésta como un denodado esfuerzo por transformar la vida en destino.

Un heroísmo desesperado, pero que baste —al no creyente que era el siempre autobiográfico Malraux— para dar a la vida un sentido: el de la propia dignidad. Es lo que informará, soberbiamente, «La esperanza» (1937), la novela y película de la guerra de España, donde el coronel Malraux mandaba una escuadrilla de voluntarios, y fue un auténtico Emir Dinamita, y que marca el final de la experiencia revolucionaria del autor. URSS ayudando. Y de su carrera de novelista, si se descuenta «Los nogales del Altenburg» (1943), lo poco salvado de un ciclo novelesco que la Gestapo se encargó de destruir. Pero en el interin, nuestro hombre, tanquista voluntario en la «drôle de guerre», prisionero de los alemanes se evade para formar en las filas de la Resistencia y acabar al mando de la brigada Alsacia-Lorena que opera en Alsacia en tierra alemana. Ministro de la Información en el primer gabinete De Gaulle, miembro del Consejo de los Museos de Francia, ministro de Asuntos Culturales más tarde, con la magnífica labor que todos recordarán. Justamente su prisión en la desmantelada catedral de Chartres (1940) será el arranque del nuevo Malraux: el filósofo del arte para quien éste no lo es susceptible de liberar al hombre de la angustia de no ser más que un accidente del Universo: una verdad que trasciende las cambiantes apariencias, de tiempo, civilización y escuelas, desde el magdaleniense al actual arte pobre, pasando por las delicadezas chinas, y el humanismo griego, el arte de Salon. El extraordinario éxito alcanzado por «La psicología del arte», «Las voces del silencio» y la serie de sus «Museos imaginarios» excusa mayor comentario.

Y tras diez años de silencio, el primer tomo de sus «Antimemorias» (1967), colosal colección de frescos —incompleta pues otros tres volúmenes preservaba para su publicación póstuma— que iluminan la aventura de la política y la aventura del arte con que este gran testigo y actor de nuestro revuelto siglo intentó una metafísica: de su impar conocimiento de la vida con el socorro de su nueva erudición contemplar lo mucho que puede el hombre, para poder preguntarse luego quién es.

Juan RAMON MASOLIVER

LE ABONAMOS SU BILLAR VIEJO COMO PARTE DE LA COMPRA DE UNO NUEVO, O LE COMPRAMOS EL VIEJO

LLAMAR AL TELEFONO 226-19-96

CASA ESCARDIBUL

BARCELONA

CRUCERO FIN DE AÑO

En el «Eugenio C» 35.000 Tn
Del 28 de Diciembre al 9 de Enero
BARCELONA - TANGER - LISBOA
FUNCHAL (noche del 31)
TENERIFE - CASABLANCA - GENOVA
NAPLES - BARCELONA

Reserva de plazas en:

CIA. HISPANOAMERICANA DE TURISMO
P.º de Gracia, 11
Teléf. 301 65 00